



Héctor Aravena González

DISCURSO pronunciado por don Luis Valencia Avaria en los funerales del miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, don Héctor Aravena González:

Encontré a Héctor Aravena en la cofradía de unos hombres que veneran la historia, junto a nombres ilustres que señalaron su paso en el caminar de nuestra nación y de una generación. Sentábase como un igual junto a Miguel Cruchaga Tocornal, a Conrado Ríos Gallardo, a Ernesto Barros Jarpa, que en el amor a la historia encontraron la fuerza de su quehacer en servicio de Chile. Convivió ahí con Francisco Antonio Encina, con Gonzalo Bulnes, con Jaime Eyzaguirre, don Tomás Thayer, con Eugenio Pereira, con Guillermo Feltú Cruz, que llenaron de lecciones nuestros afanes de investigación en el pasado. Héctor Aravena, entre ellos, aportó su conocimiento de lo bello, su afán de llevar a los lienzos lo que admiraba en la Creación.

Cada vez nos sorprendía con algún comentario propio del artista en un conciliábulo de historiadores. Y es que es grande y propia la tarea que cabe a los cultores de la plástica entre nosotros. Para sólo ejemplarizar lo que afirmo, permítidme que confiese aquí que hace ya algún tiempo que busco a quien sepa y pueda colaborar me tras la imagen auténtica del Padre de la Patria. Héctor Aravena la persiguió, pero no conoció antecedentes que ciertamente habría sabido.

Nos hablo de cosas hermosas con palabras hermosas. Tal vez una de sus páginas mejor logradas sean sus anotaciones y recuerdos de Juan Francisco González. "Embrujo" llamó a su primer encuentro, cuando niño, con el artista egregio, y embrujo fue ciertamente la amistad que le dispensó. Y porque amaba lo bello, recordándolo, giró bellamente con las palabras para recordarnos el encuentro: "Cruzáhamos la avenida —dice— con sus árboles añosos envueltos en la opulencia del oro otoñal. Hollaba la hojarasca cobriza diciendo: "Escucha, ¿qué música!", mientras íbamos caminando".

Amó a Curicó. La llevó en sus amores al lienzo y al papel. Retrató a los encomenderos que la vieron nacer, a Gómez de Alvarado, su conquistador, y reconstruyó con sus pinceles la capilla, las casas alledañas, los campos con sus árboles y hasta las gentes, las cabalgaduras y las carretas de la población de don Lorenzo de Labra, que dio paso a la villa de San José de Buenavista de Curicó. Con su pluma, enseguida, nos ilustró de sus mansiones del siglo XVIII, de los muebles que las alhajaron y, naturalmente, de los lienzos que colgaban en sus muros y que halló investigando archivos en inventarios que le llenaron de gozo.

Amó a la Escuela Militar. Vivió con ella en el viejo alcázar y apreció cómo surgía su estructura imponente en la ubicación actual. Admiró los penachos blancos y por ello algo suyo quedó entre esos muros, entre los capitanes que ahí ayudó a forjar, con el águila negra sobre el castillo rojo en un campo de oro, orlado todo con el azul de la bandera y la estrella de nuestro primer Escudo Nacional.

Así anduvo con nosotros Héctor Aravena.

Aquí, ahora, en nombre de la Academia Chilena de la Historia, he venido a encontrarle.

Héctor Aravena González [artículo].

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Héctor Aravena González [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile